

fuera de serie de los cuadernos de piedrarosetta.co

En septiembre del 2013 presenté al *Primer Encuentro Internacional de estética y nuevos medios* realizado en el Instituto Tecnológico Metropolitano de Medellín, Facultad de Artes y Humanidades, la siguiente comunicación que nunca se publicó, y que hoy retrospectivamente podría encajar en la expresión: “los autores que leemos en francés”; y dado que han pasado 12 años y nos hemos inventado a Piedra Rosetta hoy debe llamarse “por qué publicamos los autores que publicamos.”

Interfaces, Pantallas y Pulgares (la filosofía de François Dagognet en el universo de Pulgarcita)

Interfaces, screens and thumbs (the philosophy of François Dagognet in the universe of Petite Pucet)

Resumen: A partir de cuatro neologismos que van haciendo carrera en los estudios sobre el cuerpo, se presenta la obra de François Dagognet que hemos venido traduciendo, y que ahora ya tiene editor en español. Cuerpo sin órganos, cuerpo organismo, metacuerpo, cibercuerpo... son aún denominaciones imprecisas que apuntan a multiplicar los estratos/modos analíticos con miras a promover una riqueza de horizontes que afine el conocimiento aproximado por la *nova et vetera* evo-devo y la paleoantropología del cuerpo.

Palabras claves: Cuerpo sin órganos, cuerpo, metacuerpo, cibercuerpo, interfaces, pantallas, pulgares, virtual.

Abstract:

Starting from four neologisms that are doing research of the body, it is presented François Dagognet work that we have been translating, while we found an editor. Body without organs, body, metabody, cyberbody ... are still vague names that point to multiply the layers/ analytical ways to promote multiple options to tune knowledge by *nova et vetera evo-devo* and the paleoanthropology of the body

Key Words: Body without organs, body, metabody, ciber body, interface, screen, thumbs, virtual

Luis Alfonso Paláu C.

Licenciado en Filosofía y Letras de la Universidad Pontificia Bolivariana. Magíster en Historia de las ciencias del Instituto de Historia de las ciencias y de las técnicas de París. Doctor en Historia y filosofía de las ciencias y de las técnicas de la Universidad de París I (Sorbona-Panteón).

Profesor Titular jubilado de la Facultad de Ciencias Humanas y Económicas de la Universidad Nacional, sede Medellín. Profesor de Historia de las ciencias de la Escuela de estudios filosóficos y culturales de la misma Facultad. Fundador en 1980, y coordinador hasta 2004, del primer Seminario permanente en Colombia de Historia de la biología.

Asesor de la Facultad de Artes y Humanidades del ITM. 2013.

lapalau@gmail.com

Cuerpo sin órganos: la vida inorgánica, como potencia de individuación vital que aún no se ha estabilizado en la forma de un organismo. Transformación de la imagen del cuerpo más allá de la teoría de las formas. Estética artealizada en los esquemas corporales (Artaud, Deleuze, Guattari). Como morfólogo que es, F. Dagognet escribe:

Afirmamos simplemente una tan franca simbiosis entre el contenido y su forma, entre la 'profundidad' y la superficie, que esta última sirve de amplificador y por tanto devela la arquitectura secreta. Se aprende a leer por fuera los dramas hundidos o los seísmos pasados, y por esto el interés de tener en cuenta y de examinar atentamente las envolturas, las fachadas y los menores signos. La exageración consistiría sin duda en negar la existencia del interior mismo, aunque sólo se lo capte en el exterior, sensorialmente, o al menos gracias a técnicas de registro, de detección y de agrandamiento. Es verdad que los físicos mismos –si hemos de creerle al más eminente y al más sutil de los morfogenéticos, R. Thom– se han alejado general y desafortunadamente de este tipo de investigaciones y de esta sensibilidad a las simples dimensiones, superficies, membranas. (Dagognet, 1982, p.20)

Y a continuación cita a Thom:

Mientras que la forma de los seres vivos ha atraído desde hace siglos la atención de los biólogos, la morfología en materia inanimada parece que sólo muy accidentalmente ha atraído el interés de los físico-químicos. (...) Se trata aquí de fenómenos (la repartición geométrica de una sustancia entre dos fases, el crecimiento dendrítico de cristales, etc.) muy inestables, difícilmente reproducibles y *a priori* rebeldes a toda matematización. (Thom, 1987, pp.32-33).

Nos vamos a adentrar en problemas de fronteras, de membranas, en fenómenos de umbrales y de interfaces...

A partir de una superficie-espejo, nos aseguramos sobre fuerzas y energías que la han esculpido. ¿Cómo? ¿Qué directas y precisas inferencias sacar de la sola talla de los cristales, de su superficie, de su repartición (en montón o no), de su orientación, de su color, de su naturaleza incluso? El método geológico no es pues esencialmente experimental –afirman especialistas reputados–, es **histórico**...¹ En esto, la posición del geólogo es la del médico: debe fundamentar su diagnóstico sobre un conjunto de datos inmediatos y sólo operar cuando está seguro, evitando realizar experiencias sobre el paciente; igualmente los trabajos geológicos y geofísicos tienen por objeto limitar el número de sondeos. Se notará que los

¹ “Entre el marxismo y el psicoanálisis, ciencias humanas, con perspectiva social en un caso e individual en el otro, y la geología, ciencia física aunque también madre y nodriza de la historia, tanto por su método como por su objeto, la etnografía se ubica espontáneamente como en su propio reino” Cl. Lévi-Strass. *Tristes trópicos*. p. 62.

vocabularios de los geólogos, de los clínicos, e incluso de los psicólogos (como Freud) sorprenden por sus similitudes; la razón de ello radica en que se trabaja según **los mismos principios**, los de una lectura atenta de los índices (o de los síntomas); y a partir de ellos, tratar de entrever los basamentos, los dramas productivos o los conjuntos que ellos reflejan. (Dagognet, 1982, p.27).

Y en las investigaciones más recientes de ontofilogénesis², la “evodevo” (evolución-desarrollo) se perfila como la unificación del campo completo de la biología: la evolución de las especies y el desarrollo embrionario resultan de un solo proceso de selección natural expandido. Las múltiples definiciones de “especie” y las diversas constataciones de realidad de los “individuos” apuntan hoy a dudar de la objetividad de la especie y del individuo, es decir que los dos serían abstracciones que subjetivamente producimos sobre un mismo proceso de generación continua.

Cuerpo organizado: realidad sensorio-motriz, sustancia de nuestra existencia, resultado de una larga evolución biológica del género, y procesos de especiación que constituyen nuestro fósil cuerpo paleontológico (como diría Leroi-Gourhan). Cinetismo, vigor, salud. El trabajo de nuestro cuerpo nos hizo hombres (Marx), en tanto que las prácticas técnicas exteriorizaron nuestras manos en instrumentos, herramientas, máquinas, redes y redes de redes (Parrochia³).

Sólo el viviente más evolucionado (el hombre) —como lo mostraremos— ha logrado atribuirse los dos en un solo y mismo movimiento. El proto-animal está amurallado bajo una pesada caparazón protectora; está perdido a tal punto por ello que asfixia incluso “su adentro”; se corta también del mundo exterior y sólo podrá vivir en la apatía o en una invencible inercia, próxima de la hibernación. Ha sido preciso pues que se opere un salto, o que el viviente llegue a su acto más importante: darse vuelta, poner en la superficie su sensibilidad y enviar al fondo el tejido sólido en el cual se atrincheraba, la columna vertebral, lo óseo sobre lo cual se edificará. Inmediatamente el afuera del adentro le permitió una vida informada, alerta y viva. (Dagognet, p.5).

Nuestra piel es nuestra interfaz con el mundo exterior, es la vía de la exposición de nuestro interior... De este modo, como hemos de recordar que la piel y sus anexos, los melanocitos y el sistema nervioso se forman a partir de la misma

² Concepto debido a Jean-Jacques Kupiec, en su conferencia de 2011, que retoma una idea propia de 1981 y que había abandonado desde 1983.

³ Daniel Parrochia. *Matemáticas y existencia. Órdenes, fragmentos y usurpaciones*. (tr. Paláu en proceso) para Piedra Rosetta, 2026.

hoja embrionaria, el ectodermo; así mismo podemos decir con Valery que “lo más profundo es la piel”.

Metacuerpo: tecnologías, deporte, ciencias, artes, sociología del cuerpo, cuerpo libidinal... Los lenguajes y lo virtual como la carne misma del hombre (Dagognet; Serres, Lévi). En el mundo del trabajo el cuerpo parece desplazado por aquello que él mismo ha producido: “En los tres casos, la herramienta, la máquina y la máquina-herramienta, el gesto fisiológico ha inspirado su construcción; el cuerpo sirve para fabricar lo que lo sustituirá” (Dagognet, 1992, p.94). Pero igualmente el mundo moderno le concede más importancia al deporte que a la gimnasia

¿No fue entonces, en el momento de la industrialización (el comienzo del siglo XX) que el deporte comienza a profesionalizarse (el deporte-mercado) y se propone lo sobrehumano? El campeón debe lograr lo que ningún cuerpo habría podido realizar (la velocidad, el salto, el lance); se orienta no tanto hacia el reconocimiento o la exploración de nuestras capacidades como hacia la denuncia de nuestros límites. Surge ‘otro cuerpo’, el de las marcas y de las superaciones sin fin. (Dagognet, 1992, p.95).

“Por todas partes, el cuerpo sirve principalmente de trampolín a partir del cual uno se lanza por fuera de él (máquina, deporte, ciencia); el propio arte nos enseña a superarlo” (Dagognet, *ibid.*, *loc. cit.*). Para hacer ciencia requerimos poner entre paréntesis nuestro cuerpo vivido, romper con nuestros impulsos y con nuestras pulsiones. Incluso la danza se opone a la marcha en tanto que ésta última termina cuando llegamos a donde nos proponíamos llegar, mientras que aquella, la coreografía, somete al cuerpo a libres y múltiples desplazamientos... La cultura sólo piensa en agrandar el campo de la corporeidad, en desbordar el cuerpo.

Cibercuerpo: universo informático como exteriorización de nuestro cerebro; la red como conexiones de computadores-cerebros, llevada por la catexización libidinal hasta la pornografía y el cibersexo, redes sociales y el paradójico ausentismo corporal en la vida post-biológica (según Stiegler). Experiencias de dolor y muerte bien novedosas (estudiadas por Le Breton). Para Serres (2012) es claro que el milagro de san Dionisio nos permite pensar lo que hoy acontece con nuestras tecnologías portables. Hasta la cabeza se ha exteriorizado. Y además

Se sabe también que este mismo cuerpo negó lo que lo constituye, para poder integrarlo (la cerebralidad victoriosa); y en ese golpe lo ha elevado y le ha abierto la vía al auto-rebasamiento sensorio-motor. Por consiguiente, él ha podido precisar sus gestos (la motricidad más fina y la menos participativa, contra un holocinetismo difuso); ¡la inscripción cortical del pulgar supera en superficie la del tronco!” (Dagognet, 1992, p.95).

Voy a empezar por explicitar algunas reflexiones contemporáneas en torno al cuerpo, porque muy seguramente en el transcurso de estos dos días él podrá parecer como el gran ausente, pues vamos a usar (y abusar seguramente) de las palabras “virtual”, “semiótica”, “electrónica” y “digital”. Y no es así, o no debiera ser así... Prefiero pensar que el cuerpo, o lo que sobre él sabemos, estará ahí como ese implícito necesario al que apuntamos cuando decimos que “por sabido se calla”, a ese “inconsciente” que es lo “virtual”. ¿Qué es lo que sabemos y en qué sentido lo llamamos? No niego que a mí también me ha marcado siempre aquella afirmación de Spinoza: “sabemos mucho sobre el alma, pero acaso ¿sabemos de qué es capaz un cuerpo?”. Hoy sabemos mucho más sobre ese cuerpo y sus capacidades, y en gran medida gracias al propio Spinoza. La afirmación es una clara referencia a Descartes y a los cartesianos, a esa filosofía mecanicista que había hecho del cuerpo una *res extensa*, y que había atribuido al alma, a esa *res cogitans*, todas las pasiones del *Tratado*. Dualismo dejado rápidamente de lado por quien estaba convencido de que “el alma es la idea del cuerpo”. Monismo paralelista que vamos a asumir en clave paleontológica, buscando romper con una vieja tradición platónico-teológica que ha constituido la forma dominante de la filosofía occidental. Filosofía dominante que cabalgando sobre la vieja tradición oriental y pitagórica, ha hecho de la oposición alma/cuerpo la matriz jerarquizadora de todos los binarismos dominantes declinados en estos últimos veinticinco siglos de historia...

La ciencia, cuando es envenenada por la metafísica, nos desvía del universo coloreado, en provecho del descubrimiento –teñido de moralismo y de providencialismo– de los fundamentos, de las leyes invariantes y de un plan secreto de la naturaleza, es decir de un orden inteligible y oculto. Entonces nos ponemos a desconfiar del devenir, de lo contingente, es decir de lo engañoso. Se entabla el

proceso en beneficio de ese “más allá” caracterizado por su permanencia, su sustancialidad y su invisibilidad, cosa que acentúa su carácter sagrado y/o esencial.

Pero la historia de los descubrimientos y de las revoluciones científicas no confirma esta valorización. Recuperemos la enseñanza de Gastón Bachelard que predica abiertamente:

a) la existencia de “racionalismos regionales”, exámenes finos de un campo descolonizado y no-inmediatamente subordinado;

b) sobre todo, estudios que salvarán los fenómenos más residuales y más tenues, que en el pasado quedaban enterrados en generalidades perezosas.

El matiz se pone a vibrar. Los detalles se imponen a las pretendidas “esencias”. Sabores, olores, colores reintegran el palacio de la ciencia. ¡Cuántas veces el historiador de los instrumentos y de los análisis –en física, química, biología– nos muestra al científico que finalmente se apodera de lo que en la época se consideraba insignificante, una desviación o una aberración, un residuo! Espejismo o accidente que había que descuidar, este singular no hacia sino abrir el porvenir, como nos lo va a mostrar Dagognet en su filosofía ecológica⁴.

Deseamos liberar “el novísimo espíritu” que anima la física de los chorreos y de los estiramientos, de las rajaduras, de los plegamientos. Y de esta manera nos preparamos para comprender mejor al hombre y a la sociedad, sus conflictos y sus entorchos, porque no separaremos verdaderamente la rica materia, de las actitudes o configuraciones psicológicas. Intentaremos justificar, en lo posible, este monismo decidido. Este afuera pelicular goza de un estatuto directamente privilegiado (la interfaz): se coloca en la intersección de dos mundos a los que bruscamente divide y a veces opone, el exterior sobre el que sin duda se apoya pero al que rehúsa y al que a su vez marca, y el interior al que cubre, al cual se resiste, sin contar que lo traiciona ya de una cierta forma y por tanto lo expresa. Las dos influencias pueden mezclarse más o menos, compenetrarse o neutralizarse; pero no deja de ser el teatro de su eventual debate, y por esto la importancia de

⁴ Léase *Detritus, desechos, lo abyecto*. tr. Paláu. para el Seminario "Hylética, materiólogos y objetología/abyectología". Universidad Nacional de Colombia. Medellín, Abril del 2000. Publicado como *traducciones historia de la biología 20 & 21*. Y en Envigado, co: Piedra Rosetta, 2024.

esta sensible frontera, de esta especie de membrana que crea una demarcación; o bien, prohíbe los pasos, los filtra, o bien favorece un flujo, como segunda eventualidad. En los dos casos, emerge un contraste. Con el viviente, lo cutáneo toma una importancia inigualable, con él la relación “afuera/adentro” existe intensamente. Probablemente define incluso la animalidad. Con el hombre, el “afuera” se ilumina y se histeriza; se pone francamente a significar. Los brillos del alma se proyectan en él, sobre él; más exactamente, el “inconsciente” no deja de manifestarse a través de él. Es, y no es otra cosa que nuestro cuerpo. En él se aloja por entero. Es preciso aprender a percibirlo ahí y a reconocerlo aquí. La lectura de los cuerpos constituye la psicología.

Trabajaremos para favorecer como para ilustrar la relación entre el yo y la exterioridad, en tanto que lo esencial se desenvuelve en su cruce (la ciencia, la técnica, el arte, los reglamentos jurídicos, las acciones morales, sólo se desarrollan en el encuentro entre el pensamiento y sus diversas construcciones o creaciones). No defendemos el simple afuera sino el que construimos, el afuera de un adentro sin el cual el adentro se anemia y se deshila. A la inadecuada pregunta “¿Qué soy yo?” conviene entonces responder: sólo somos a través de lo que fabricamos o de lo que edificamos. En rigor incluso esculpimos nuestro cuerpo, nos imprimimos sobre él, podemos leer en él el ser que expresa y expone. (Dagoberto, 2002).

Se nos objetará que, en el universo material, el “afuera” pierde todo sentido, que hemos humanizado o biologizado la descripción primera, que allí triunfa lo homogéneo. Sin embargo, si se pone suficiente atención, se aprende pronto a descubrir lugares de estrangulamiento, de separación, de desnivel, de confrontación y de turbulencia, de tal manera que el conjunto se encuentra diferenciado, polarizado. Unidades, fragmentos, son por ejemplo lentificados, incluidos en otros que les impiden moverse. Se dibujan figuras sea de liberación sea de dispersión, sea de inclusión, que equivalen a lo que reencontraremos en el universo de la vida y del individuo activo. Ganamos pues si no separamos y oponemos las diversas capas de la experiencia. Como los meteorólogos⁵ y los climatólogos que así enfrentan la complejidad...

Seguramente que daremos la impresión de estar más próximos de ese tipo de hilemorfismo que afirmó contra Platón la existencia de una unidad sustancial de la materia y de la forma; o mejor dicho: aceptamos la inmanencia de las formas a

⁵ Cfr. Daniel Parrochia. *Meteoros. Ensayo sobre el cielo y la ciudad*. Envigado, co: Piedra Rosetta, 2024.

una materialidad que las limita tanto como las trabaja. Somos aristotélicos si por ello se entiende nuestra afirmación de las multiplicidades sustanciales, es decir: que exceptúan la existencia tanto de la materia prima absoluta, como de la forma pura absoluta. Ni Dios ni materia. O si se quiere, como titulan Kupiec & Sonigo su libro: *Ni Dios ni gen*⁶, contra nuestro último determinismo...

Releemos pues a Aristóteles con una mirada renovada como la de René Thom. Pero no somos aristotélicos si por tal se entiende la maximalización de la oposición entre la potencia y el acto, entre la sustancias y los accidentes. No creemos que exista la pura potencia de la materia, como tampoco la existencia del puro acto del espíritu (estos son los imposibles). Somos mestizos más bien en tanto que afirmamos la existencia de una infinitud del mundo virtual, en potencia de una finitud de lo real (mundo contingente). Y el cuerpo, ese que constituye a cada ser, como la maquina de transformar los unos en los otros (destino). Este destino es sólo una recurrencia del presente sobre el pasado, la “curvatura del ser” como lo llama Dagognet...

Afirmemos pues el despliegue físico de toda realidad humana en su cuerpo. Mejor digamos: no solo tenemos un cuerpo, somos estos cuerpos. Dagognet (1992) escribió *el Cuerpo uno y múltiple*. No tenemos alma, somos tantas cuantas ideas del cuerpo expresemos. Somos/estamos y nos movemos en el límite, hemos de pensarnos como interfaces.

Nos interesamos en “un exterior excepcional”, es decir en nuestro equipamiento sensorial, que con frecuencia la filosofía ha despreciado; ella le imputa los errores que cometemos, pero la corporeidad, que no se comprende sino por su periferia, interpreta en función de sí misma. Dice Dagognet al final de *Cambio de perspectiva*:

Encontramos una “razón de ser”, y por tanto una legitimidad, en sus pretendidas desviaciones. Los órganos internos, a los que no privilegiamos, sólo sirven para sostener lo esencial que se juega con “este sentir” que nos alerta sobre el mundo; ponemos aparte el cerebro que registra y que conserva lo que hemos vivido, así como nuestros aprendizajes y los métodos que hemos elaborado, pero ¿vivir no es

⁶ Bajo este título (2000), los dos investigadores añaden a las heridas narcisistas de Copérnico y de Darwin, la de que nosotros tampoco somos el centro ni la finalidad de nuestro organismo, sino una sociedad descentralizada de células... porque ¿cómo no tener en cuenta hoy el microbioma humano?

ante todo sentir? A este respecto, el organismo ha logrado una prodigiosa inversión: en lugar de plegarse sobre el adentro, ha construido en su periferia lo que le permite evaluar lo que se desenvuelve lejos y adelantársele si es necesario. No hemos descartado ni minimizado la cerebralidad sino que la consideramos inseparable de los “órganos-centinelas” sin los cuales ella misma no podría ejercerse. ¿No es menester contar también con “un sentido interno” (la cenestesia) que se añadiría a los otros cinco, por lo demás todos reagrupados (la cabeza)? (Dagognet, 2002, p.74)

Hemos abogado por la inseparabilidad de lo cerebral y de lo sensorial; por este hecho caminamos a contra-corriente puesto que le concedemos un lugar preferente a la “sensibilidad”, en las antípodas de las culturas ascéticas.

Pero centrémonos en las interfaces...

¿De dónde viene este término? Este término nos viene del universo técnico en el que designa **todo dispositivo que permita el intercambio de información entre dos sistemas**. Chazal escribe:

El término designa en informática todo dispositivo, logicial <programa> o material, que asegura la transferencia de la información de una parte del sistema a otra parte, o de un sistema a otro. Es en particular por el sesgo de módulos electrónicos calificados de interfaces que la unidad central de un computador entra en contacto con diferentes periféricos. Se trata también de los módulos logiciales que aseguran la comunicación entre un utilizador humano y una máquina. Fundamentalmente lo que transita por una interfaz es información.⁷

La primera interfaz que usamos, la más inmediata, son nuestros sentidos abiertos al exterior, y nuestra piel. A través de ellos, y de ella, entramos en contacto con el mundo exterior, y sacamos de él las informaciones esenciales para nuestra sobrevivencia; del mismo modo que es en la superficie de nuestro organismo donde se pueden leer las manifestaciones de la vida interna. La piel es el lugar más importante de la excitación y de la reacción, de los intercambios intensos no solamente de energía sino también de información, entre el organismo y su medio. Como dice Annick Faurion refiriéndose al sentido del gusto: “el gusto no es una propiedad intrínseca del estímulo; depende de la interacción estímulos-receptores, en la interfaz entre medio interno y medio externo. El objeto de nuestro estudio no

⁷ Gérard Chazal. *Interfaces. Averiguaciones sobre los mundos intermediarios*. “Introducción”. Envigado, co: Piedra Rosetta, 2025.

es pues el objeto químico (molécula) sino la representación interna obtenida, a partir de la estimulación de los quimiorreceptores, por medio de la codificación nerviosa”.

Asumimos que la bipedia es el primer criterio de humanidad... Pero por ello mismo compartimos el funcionamiento en cascada del modelo Leroi-Gourhan... que como se sabe dice: gracias a esa posición vertical durante la marcha se liberó la mano de las tareas de locomoción. Mano de cinco dedos inventada por la vida desde los reptiles (prensil, es decir que puede asir y transportar el alimento) que queda entonces libre (polo mano-herramientas) para reterritorializarse en la técnica; actividad palpadora que se organiza como Forma general de contenido aloplástica es decir: para efectuar modificaciones del mundo exterior; la mano que hoy en día tiene el mundo mundial a la mano (los pulgares de Pulgarcita).

Al mismo tiempo se libera a la boca de la búsqueda alimenticia, dejándola libre para el lenguaje (polo cara-lenguaje). A tal punto que Leroi-Gourhan afirma: “Íntimas relaciones vinculan la palabra y la técnica desde la raíz misma de las sociedades humanas”. Y este todo sinérgico será el que evolucione como especie de laringe dúctil para el canto y para las lenguas del mundo, gracias a la plasticidad de un cerebro inacabado, especializado en la desespecialización, que se organiza de tal forma que sintetiza y pasa a comandar todas las funciones sensorio-motrices del sistema nervioso central, así como las actuaciones de sujeto en el mundo mundanal. Hace ya muchos años traducimos *el Cerebro ciudadela* de Dagognet para nuestros estudiantes del curso: “Evolución del cerebro, historia del pensamiento”.

Y este acoplamiento estructural del individuo consigo mismo, con los otros y con el mundo estará asegurado por múltiples interfaces que operan como propiedades del campo relacional. Más que de atributos fijos y esenciales, estamos hablando de procesos que organizan el acontecer bio-fisiológico, psíquico y socio-histórico de los individuos-multitud.

Piénsese por ejemplo en el tacto, y hasta qué punto es inseparable del cuerpo y de la materia. Está incluso más ligado al cuerpo que a la idea, a la materia que al espíritu. A diferencia del ojo que aprehende los objetos en la distancia, o del oído que los capta sin ni siquiera tener que girarse hacia ellos... el tacto afecta al cuerpo,

lo ensucia, designa al hombre en tanto que materia, anula la distancia entre el hombre y el objeto, los hace miscibles (como dice Annie Luciani).

Brevemente enumeremos las paradojas que Didier Anzieu (2002) ha indicado en su obra *el Yo-piel*:

La piel defiende nuestro medio interior de los agentes exteriores, pero exhibe las señales de su ingente lucha.

Nos protege, pero al mismo tiempo es el espejo en el que los otros comprueban el estado de salud del interior que trata de preservar.

La piel es permeable e impermeable.

Está al mismo tiempo en proceso de resecación y de regeneración constante.

Parece estar siempre en el límite entre dos situaciones contradictorias.

Es capaz de sentir el desamparo y al mismo tiempo promover en otra piel el deseo ardiente de contacto.

Algunos han difundido la preocupación de que las tecnologías digitales en general, y los entornos virtuales en particular, conducen a un desdoblamiento del hombre y de su cuerpo, corriendo el riesgo de que este último desaparezca mientras que el privilegio sensorial de la mirada se volvería total a costa de todas las otras percepciones. Según ellos, caminamos hacia una hegemonía absoluta de lo visual y a la aparición de un cuerpo desmaterializado, reducido a la pura retina. Detengámonos un instante en esta interfaz y lo que ha sido introducido como fundamentalmente diferente: el computador y las técnicas de interactividad en tiempo real, que están en la base del diálogo del hombre con la máquina.

Cuando un utilizador interactúa con una imagen en movimiento expuesta en una pantalla, con la ayuda de una interfaz comandada por una acción de su cuerpo, él tiene la impresión de que la acción que desencadena repercute en la imagen sin que intervenga nada, ningún relevo, como si estuviera en conexión directa con ella. Pero de hecho, en la duración tan corta que separa la aparición de dos imágenes, que en general se suceden a un ritmo de veinticinco por segundo, el computador está extremadamente ocupado; recibe las informaciones transmitidas por la interfaz, las digitaliza, las trata y modifica los parámetros visuales de la imagen siguiente. Imperceptible, pues está por debajo del umbral de percepción, pero existe una demora; y es gracias a ella que el computador traduce las acciones del que mira en datos numéricos y los introduce en el programa. Es igualmente gracias a ese lapso que el propio cuerpo, a veces con su expresividad gestual, puede insinuarse en el corazón de la imagen y remontar a su fuente computacional: el algoritmo. (Couchot, 1996)

No olvidemos que los algoritmos son “conjuntos preescritos de instrucciones o reglas bien definidas, ordenadas y finitas que permiten realizar una actividad mediante pasos sucesivos”, eventualmente expresados por medio de un lenguaje lógico-matemático, que reduce lo real haciéndolo inteligible. En este sentido se dice que el computador desmaterializa o desrealiza lo real. Sin embargo el computador desde el comienzo se ha abierto al mundo circundante y a sus utilizadores. Piénsese no más en los desarrollos de la imagenología médica (electros, ecografías, escáneres, tomografía axial computarizada (TAC), resonancia magnética nuclear (RMN)) que han puesto en pantalla lo que está aconteciendo en el medio interior. Pero además, las interfaces se han multiplicado permitiendo introducir informaciones por vías distintas a los teclados (lápices, mouse, etc.); así como han permitido recibir informaciones sensoriales de los computadores, distintas a las visuales. De tal suerte que en la actualidad el acoplamiento hombre-máquina puede ir ahora en los dos sentidos: introducir en el seno de los algoritmos información salida de lo real, al mismo tiempo que se puede recibir información que compromete el sensorio. **Dos mundos imposibles: el mundo frío y límpido de los algoritmos y el mundo orgánico y psíquico del cuerpo, se ha puesto a conmutar, a través de la pared porosa de las interfaces.**

La percepción... es el hecho a) de un dispositivo operatorio y calculatorio, b) de un sistema formal asociado a algoritmos de codificación de la información y c) de un motor de inferencia; dicho de otro modo: el organismo percipiente debe disponer de esquemas sensorio-motores e intelectuales que organicen de manera activa y selectiva la información ofrecida por los receptores sensoriales”. Si se lo quiere interpretar de manera kantiana, se requeriría solamente sustituir la estética trascendental por “un estructuralismo orgánico y dinámico, para no llamarlo –si vamos a tener en cuenta la evolución misma del sistema– un estructuralismo genético donde la síntesis a priori se reduciría a la puesta en funcionamiento de dispositivos nerviosos (o electrónicos) organizados para efectuar de manera modular y analítica las diferentes etapas que conducen de la imagen retiniana, humana o artificial, a la representación codificada” (Chazal, 1995, p.171)

Un humano no está delimitado por el cuerpo, donde supuestamente reside la subjetividad; un humano es también el espacio físico simbólico o campo de resonancia vital que excede la frontera orgánica y atraviesa y apunala un ensamble de diversas relaciones, mecanismos, objetos, alimentos, prácticas, en los que se

despliega todo ese entramado que podría llamarse persona o individuo: memoria, deseos, interioridad psíquica, narratividad, identidad. En otras palabras, para que un humano sea un humano debe asociarse con lo que está más allá de su cuerpo, extensión material integral que define lo vital y sin lo cual no es posible ninguna realización mental. Por tanto, se podría sintetizar diciendo que cada individuo es un campo de resonancia vital que en el devenir, en la organización rizomática continua y cambiante, revela y es revelado por un mundo.

Es la configuración de estos atractores que reconocemos como formas simbólicas la que nos ha embizado haciéndonos creer en la existencia de una ciudad celeste, trascendente, inmaterial... Seguro que existe otro mundo, ¡pero está aquí mismo!

Para Goffman, el mundo social está caracterizado por la teatralidad y la personificación: cada persona representa un *rol*, y es a través de estos roles que puede darse a conocer a los demás. A grandes rasgos, son varios los elementos que dan soporte narrativo a la interacción social: las *actuaciones* son las actividades que un individuo ejecuta durante un período determinado frente a los otros; la *fachada* es la parte de la actuación del individuo que funciona regularmente de un modo general y prefijado, dotación expresiva empleada intencional o inconscientemente con el fin de definir la situación con respecto a los que observan dicha actuación; el *medio* como parte constituyente de la fachada, el cual incluye el mobiliario, el decorado, adornos o equipos propios del trasfondo escénico, ante, dentro y sobre el que se realiza la actuación humana.

Queremos mostrar que nuestro maestro y amigo François Dagognet le da un estatuto eminentemente filosófico al cuerpo considerado como interfaz.

Médico, psiquiatra, filósofo, más que ningún otro es capaz de aclararnos sobre la naturaleza del cuerpo al que aprendió a leer o a hacer hablar.

Por el método que ha puesto en funcionamiento, François Dagognet fue conducido a interesarse en las interfaces. De entrada él rechaza las visiones simplistas, las dicotomías fáciles, las primeras apariencias, y en este sentido es claramente el heredero de Gastón Bachelard. Para él la realidad es compleja y

provoca una recolección minuciosa de los signos y de las trazas. Tras el científico, siguiendo al biólogo y al médico, el filósofo deberá mostrarse atento a los instrumentos y a los montajes de todo tipo que puedan revelar lo oculto o lo subterráneo. “Se necesitan montajes, descomposiciones y una instrumentación. Nada se ve al ojo desnudo, o muy poco” (Dagognet, 1982). Por esto mismo el elogio permanente que hará de Étienne-Jules Marey, y de su arte de inscribir los movimientos más finos, de poner de relieve los signos y las trazas más fugaces. (Dagognet, 1987)

Podemos ambicionar construir una nueva ontología anti-platónica que llegue incluso hasta señalar, en lo demolido, lo manchado, lo raído, una abundancia real, los signos de una pertenencia a lo que se llama el "ser". El menor fragmento, la más fina partícula, conserva lazos así sean sutiles con aquello de lo que se ha desprendido; la sensibilidad contemporánea va esta vez hacia las disciplinas que enseñan a examinar o a reconocer esta relación persistente, hasta el polvo que se pega a la suela de nuestros zapatos. El proyecto de una ciencia de las huellas, de los rastros que va dejando todo lo existente (la ciencia de los trazos, la traceología) se reúne ahora a las tareas llevadas a cabo anteriormente: la hilética o estudio de los diversos materiales y sus prestaciones o sus actuaciones (performance), la materiología en su afán por rematerializar en medio de un mundo cada vez más idealizante, más angelical, más verbal, mas *light*...; la objetología y su persistencia en una ciencia de objetos, de soportes, de las cosas del mundo y de la producción industrial...

Sentimos que su tarea se enfila igualmente sobre la apreciación leibniziana de la riqueza en el más modesto fragmento. Por este camino filosófico, terminaremos por reunirnos con los que consideramos ahora como los mejores compañeros de viaje: los artistas plásticos que se han vuelto hacia lo precario, que han aprendido a renunciar a los sustratos habituales (el lienzo y el aceite de linaza) para ponerle atención a los papeles usados, los embalajes ruinosos, los vestidos desgarrados, todo lo que se demuele o se corrompe. Han aprendido y nos han enseñado a escarbar en los muladares, los montones de residuos de hierro y los

detritos con el fin de encontrar los materiales de sus obras. Se trata de dar cuenta de la compasión por lo débil y por lo frágil. Y por ende, por las pobres gentes que hacen los trabajos pesados en este planeta.

La rehabilitación de los desechos (la abyectología): todos los grandes artistas actuales han encontrado en ellos lo que habría de permitir su construcción; lo debilitado y lo arruinado llevan consigo mismos, aunque implícitamente, la historia, por no decir los dramas que los han destruido; el desgaste les añade una dimensión a la vez material y social. Como empieza *la Grieta* de Fitzgerald: “Claro, toda vida es un proceso de demolición”

Precisamos aprender a leer en la superficie, los dramas internos o disimulados. Es menester colocarse deliberadamente allí donde los términos opuestos se codean, o se invierten el uno en el otro, es decir en la interfaz. Este método es constante en la obra de François Dagognet desde *la Razón y los remedios* (1964) hasta *la Piel descubierta* (1993). Lo pondrá en funcionamiento en numerosos dominios que van desde la medicina hasta la ecología, pasando por la geografía, la química⁸ o el arte, mostrando siempre su pertinencia. El detalle, al que los resúmenes totalizadores o demasiado amplios descuidan, es vuelto a colocar en el centro de la reflexión y se vuelve allí revelador. El todo no puede ser captado mas que a través de las partes que lo manifiestan. Toda filosofía comienza por una averiguación casi policíaca, y François Dagognet la prosigue incansablemente en su obra. Ella misma se vuelve la mediación inevitable entre lo real y su representación racional y científica.

La imagen, y la del cuerpo humano en particular, se encuentra rehabilitada en la obra dagognetiana. No la imagen inmediata, no la percepción primera sino la imagen elaborada, trabajada, desfasada. El médico sabe qué papel juega la imagenología médica en el conocimiento que se puede alcanzar del cuerpo que sufre. Sin embargo, la imagen médica nunca es una imagen desnuda; resulta de un trabajo de desplazamiento, de elaboración, de construcción a través de una

⁸ François Dagognet (1969). *Cuadros y lenguajes de la química. Ensayo sobre la representación*. trad. Luis Alfonso Paláu. Medellín, octubre de 1992 - septiembre de 2001 – septiembre de 2005 – por terminar. En esta obra el filósofo, instruyéndose en la historia de la química, evidencia las interfaces representacionales a través de las cuales organizamos el mundo material.

instrumentación robusta y compleja. Son los mismos procedimientos que el geógrafo emplea para leer el paisaje a través de las imágenes satelitales, tomadas en el dominio del infrarrojo, reproducidas en “falsos colores”. Otro tanto ocurre con la astrofísica... y por los procedimientos del arte y particularmente del arte contemporáneo.

Esta rehabilitación de la imagen, y esa preocupación constante por la superficie y por la interfaz, van a la par con una desconfianza mayúscula por las filosofías de las profundidades. Lo que con frecuencia se considera como positivismo en Dagognet, es claramente el rechazo de un cierto discurso filosófico que se vuelve incansablemente sobre sí mismo, logorreas estériles que confunden la profundidad con el vacío. Se puede sin cesar jugar con las oposiciones que sugiere el lenguaje, entre superficial y profundo, entre interno y externo, entre en-sí y para-sí, entre ser y nada, entre actos de conciencia y objetos de la consciencia (*cogito y cogitata*), entre psíquico y somático, olvidando preguntarse qué realidad permanece bajo esas oposiciones, e incluso si ellas reflejan una realidad distinta a la puramente verbal. Dagognet comprendió que el juego es estéril, y deliberadamente rompió con esos dualismos. De entrada se coloca donde los términos opuestos se reencuentran, es decir en las superficies, en las fronteras, en los límites. La piel, en el caso del cuerpo, se vuelve entonces el lugar privilegiado del conocimiento antropológico (Dagognet, 1993). Es el lugar donde lo interno se exterioriza y donde se interioriza lo externo. “La piel define indiscutiblemente la interfaz entre el adentro y el afuera, dos mundos por lo demás inseparables; ¿qué se volvería el interior si ignorase el exterior que lo rodea?” (Dagognet, 1993, p.8).

Las filosofías de la profundidad han privilegiado lo interno, el psiquismo, lo mental, ignorando lo externo, lo somático. Ahora bien, es esta separación la que el filósofo rechaza; lo uno no va sin lo otro. “A la inversa, nosotros no dejaremos de valorizar la alianza del adentro y del afuera, su encuentro, su inseparabilidad; y ellos están a tal punto juntos que podremos alcanzar el uno a través del otro” (Dagognet, 1993, p.18).

Por ejemplo, el tradicional dualismo entre materia y pensamiento se encuentra superado en un proceder de “rematerialización” (Dagognet, 1985). Incluso llegará hasta definir las ciencias materiales como

La reintegración de un hecho, de un fenómeno, bajo una forma más general que lo envuelva, como la capacidad correlativa de extraer –de apariencias encontradas o suscitadas– luces sobre los principios y la naturaleza de cuerpos que de otro modo serían inaccesibles. Esta ciencia ha logrado eminentemente la proeza del volteo: visibiliza. (Dagognet, 1982, p10)

Se tratará de penetrar en

Esa región medianera, tan vituperada –...– donde lo espiritual (la psiquis) y lo somático se desposan tan bien que ya no pueden divorciarse, donde lo mental se corporeiza, de la misma manera que el cuerpo individual expone enigmáticamente, pero por entero, las energías del yo. (Dagognet, 1982, p.3)

Digamos una vez más que se necesita que nos coloquemos en la interfaz que entremezcla y confunde los opuestos al mismo tiempo que los individualiza⁹. No hay conciencia pura ni pura materialidad, sino un mixto que se revela en las fronteras que lo recorren. Entonces al mismo tiempo habla el psiquiatra como el filósofo, el que conoce las controversias entre psicoterapia y quimioterapia, el que nunca ha dejado de reconocer, contra las filosofías del sujeto (transcendental o no), las virtudes de la química. Frente a los idealismos contemporáneos, frente al dualismo de estirpe platónica, François Dagognet retoma un camino que no deja de evocar el de Aristóteles¹⁰. Este último, cuando hace del alma la forma del cuerpo, liga indisolublemente la una al otro. Sobre la base de este monismo, François Dagognet no cesa de reclamar que se puede desarrollar una concepción del cuerpo interfaz que justifique los análisis que acabamos de dibujar.

Si el cuerpo es la interfaz entre lo interno y lo externo, entre el adentro y el afuera, entre lo psíquico y lo somático, no lo sería tanto en cuanto que el uno expresaría al otro como a un reflejo. Precisamos llegar más lejos aún, y llevar hasta el fondo las consecuencias de lo que nos entrega la práctica de la traceología y de

⁹ “La prueba de una inteligencia de primera clase es la capacidad para retener dos ideas opuestas en la mente al mismo tiempo, y seguir conservando la capacidad de funcionar. Uno debería, por ejemplo, ser capaz de ver que las cosas son irremediables y, sin embargo, estar decidido a hacer que sean de otro modo.” F. S. Fitzgerald. *El Crack-up*. 2º párrafo in Internet.

¹⁰ François Dagognet no duda en asimilar la forma y la idea.

la semiología: “El afuera traduce claramente el adentro no porque lo refleje sino porque lo invierte” (Dagognet, 1982). El cuerpo no es sino un alma a la que se le ha dado vuelta, y por ahí ha salido a la luz. Así, en la superficie que se da a ver, se puede desarrollar una lectura minuciosa, *una exégesis* (Dagognet, 1982) que abre a la totalidad individual. No se repelerá la conciencia a las profundidades insondables; el cuerpo la lleva a plena luz a través de las huellas y de los índices. “Finalmente, ¿qué es un cuerpo animado sino un cementerio de signos y de trofeos?” (Dagognet, 1982, p47). Inversamente, por este hecho tenemos siempre la psiquis de nuestro cuerpo.

El cuerpo es una interfaz, y toda su riqueza reside en el hecho de que es a la vez una frontera y un límite, pero también un lugar de intercambios. “Separa y al mismo tiempo mezcla los dos universos que se encuentran en ella” (Dagognet, 1982, p.30). Pensar el cuerpo como interfaz es de cierta manera, en Dagognet, rechazar los dualismos recurrentes en filosofía y rehusar concebir el pensamiento separado del cuerpo.

De acá nacerán dos elementos importantísimos de la filosofía de François Dagognet. Primero: él desarrolla los fundamentos de una biopsiquiatría (Dagognet, 1982, Cap. v). El enfoque psicoanalítico de los malestares y de los dramas se encuentra reorientado:

El animal, y el niño, en el curso de su existencia, deben atravesar dramas; en lugar de orientar esto sobre una hipotética sexualidad infantil (la escuela freudiana), es posible dar cuenta de esto a través de un punto de vista sensorialista. (Dagognet, 1993, p.72)

El cuerpo reencuentra un lugar central en la estructura psíquica. Segundo: de ello resulta un enfoque nuevo de la moral, en filigrana en numerosas obras, pero que encontró su expresión abierta en sus obras *Por una nueva moral. Familia, trabajo, nación*. (trad. Paláu. Envigado, co: Piedra Rosetta, 2024); *¿Cómo salvarse de la servidumbre? Justicia, escuela, religión*. (2000) [tr. Paláu, en proceso para Piedra Rosetta, 2026], libros que invitamos a leer...

Luis-Alfonso Paláu, traductor

REFERENCIAS

- Anzieu, D.(2002) *Yo piel*. Madrid: Biblioteca Nueva
- Chazal, G. (1995). *El espejo Automata, introducción a una filosofía de la informática*. tr. Paláu, Envigado, co: Piedra Rosetta, 2024.
- Chazal, G. (2000) *Interfaces. Averiguaciones sobre los mundos intermediarios*. tr. Paláu, Envigado, co: Piedra Rosetta, 2024.
- Couchot, E. (1996) “*De los cambios en la jerarquía de lo sensible*” En *los Cinco sentidos de la creación*, p. 128.
- Dagognet, F. (1964). *La Raison et les remèdes*. París: PUF.
- Dagognet, F. (1969). *Cuadros y lenguajes de la química. Ensayo sobre la representación*. trad. Paláu en proceso.
- Dagognet, F. (1982). *Caras, superficies, interfaces [Faces, Surfaces, Interfaces]*. trad. por Luis Alfonso Paláu C. para el Seminario de Estética de Dagognet. Medellín, marzo de 2007.
- Dagognet, F. (1985) *Rematerializar. Materias y materialismos*. trad. Luis Alfonso Paláu para el curso “Materiólogos y objetología”. Universidad Nacional de Colombia. Facultad de ciencias humanas y económicas. Escuela de estudios filosóficos y culturales. Medellín, Septiembre de 1999. Última corrección febrero de 2007.
- Dagognet, F. (1987). *Étienne-Jules Marey*. París: Hazan.
- Dagognet, F. (1992) *El Cuerpo múltiple y uno*. tr. Paláu, Tercera lectura de la obra de François Dagognet. Medellín, febrero de 2007.
- Dagognet, F. (1993). *La Piel descubierta*. trad. Luis Alfonso Paláu. Medellín, Septiembre de 2009.
- Dagognet, F. (2002). *Cambio de perspectiva: el adentro y el afuera*. tr. Paláu, Medellín, julio de 2006.
- Serres, M. *Pulgarcita*. (2012). París: Manifiestos le Pommier. Traducción realizada por Luis Alfonso Palau. (2013) para su presentación en la Mediateca “A. Rimbaud” de la Alianza Francesa. Medellín, Colombia

Serres, M. (2011). *Musique*. París: Manifiestos le Pommier. Trad. Luis Alfonso Palau. Medellín, 2013.

Thom, R. (1987). *Estabilidad estructural y morfogénesis*. Barcelona: Gedisa.